

*La Biblioteca de Alejandría**

*Mariano Nava Contreras***

Universidad de Los Andes

Departamento de Lenguas y Literaturas Clásicas
(Mérida, Venezuela)

Resumen:

Revisión de la historia, formación, organización, funcionamiento y legado de la Biblioteca de Alejandría, a partir del estudio de tratados y fuentes históricas relativas.

Palabras clave:

Antigua Grecia, período helenístico, libro antiguo, biblioteca, Alejandría.

Abstract:

Review of the history, formation, organization, work and legacy of the Library of Alexandria, taken from the study of works and related historical sources.

Key words:

Ancient Greece, hellenistic period, ancient book, library, Alexandria.

* Fecha de consignación ante el **anuario GRHIAL**: 29 de septiembre 2011. Fecha de aprobación para su publicación en la revista: 30 de octubre 2011.

** Licenciado en Lenguas y Literaturas Clásicas por la Universidad de Los Andes de Mérida, Venezuela, y Doctor en Filología Clásica por la Universidad de Granada, España. Es profesor de lengua y literatura griega en la Universidad de Los Andes desde 1991, y en el Doctorado de Lingüística de la misma Universidad desde 2003. Ha publicado un libro de ensayos, *Envuelto en el manto de Iris. Tradición Clásica y Literatura venezolana de la Emancipación* (Mérida 1996, reed. 2010). Ha sido profesor e investigador invitado en las universidades de Almería, España; Del Valle en Cali, Nacional de Colombia, West Indies en Trinidad, Católica Andrés Bello en Caracas, Laval en Quebec y Paris Sorbona.

Las bibliotecas antes de Alejandría

La idea de reunir libros con el objeto de acumular un acervo cultural o un conjunto de informaciones nace en época relativamente tardía en Grecia, y está íntimamente ligada al desarrollo del libro en tanto que artificio tecnológico, así como de un creciente mercado que habría incrementado su producción. Para algunos, como Tarn y Griffith (1969, p. 203), la idea “probablemente había llegado de Asiria o Babilonia”. Ya en el siglo v a. C. existen referencias de que en un sector del ágora, el mercado de Atenas, se vendían libros (Eupolis, fr, 304 K), y, en la *Apología* (26), Platón hace decir a Sócrates que cualquiera podía comprar en el ágora las obras de Anaxágoras por el precio de un dracma. Cinco siglos más tarde, el historiador romano Plinio (*N.H.* XIII 70) referirá el testimonio de Varrón, según el cual el Gobierno egipcio había prohibido la exportación de papiros, seguramente para perjudicar a la Biblioteca de Pérgamo, lo que debió haber originado una crisis que estimuló la experimentación con otros soportes para la escritura, llevando a la invención del pergamino. En este período, el libro había dejado de ser un extraño artificio al servicio de unos pocos sabios para convertirse en una industria consolidada de alcances internacionales.

Como sugieren Reynolds y Wilson (1986), el incremento del comercio del libro fue lo que posibilitó que ciertas personas pudieran formar las primeras bibliotecas privadas. Casson (2002) también apunta al hecho de que solo la demanda de libros pudo haber suscitado un floreciente comercio, y la posibilidad del surgimiento de las primeras bibliotecas privadas, a finales del siglo vi a. C. En todo caso, será útil aclarar lo que para una persona de aquella época significaba la palabra *biblion*, “libro”. Para el siglo v se trata de hojas de papiro de unos 20 a 25cms de alto, pegadas una junto a otra en una larga tira, que se almacenaba enrollada en torno a una vara de madera o de metal llamada *ómfalos*, de una de cuyas puntas colgaba una pequeña tira, llamada *syllabos*, con el nombre del autor y la obra. Cada hoja era escrita a una cara, aquella en que las fibras corrieran horizontalmente, en tinta negra

o roja, con un instrumento llamado *cálamo*. Los textos se alineaban en una o dos columnas de entre 25 y 45 líneas, de izquierda a derecha, alcanzando rollos de unos 3,5 m. Los rollos se leían desenrollándose verticalmente, y una tragedia completa de Sófocles o Eurípides podía caber en un rollo completo, si bien una obra como el *Banquete* de Platón pudo medir unos 7 m aproximadamente¹. Obras más extensas como las *Historias* de Heródoto, o la *Iliada* y la *Odisea*, necesitaban de varios rollos, que se llamaron “libros”. Su valor, por otra parte, estaba sujeto a los precios del papiro importado de Egipto, país que ostentaba el monopolio de su producción. Tales precios fluctuaban, además de que las copias debían ser hechas a mano por esclavos copistas, de modo que, a pesar de lo dicho por Sócrates, solo alguien que contara con una considerable fortuna podría costearse una extensa biblioteca, ayer como hoy.



Imagen de un fragmento de papiro escrito con caracteres griegos

Según testimonio referido por Ateneo (13 a), hoy mayoritariamente rechazado, fueron dos tiranos del período arcaico, Pisístrato en Atenas y Polícrates de Samos, los poseedores de estas primeras bibliotecas privadas, y para fines del siglo V a. C. ya era común su existencia. En su comedia *Las Ranas*, Aristófanes se burla de Eurípides por inspirarse en fuentes literarias para componer sus propias obras (*Ran.* 943), lo que hace sospechar a Casson (2002) que el tragediógrafo poseía una buena cantidad de libros. Una generación más tarde Aristóteles, según testimonio de Estrabón, era famoso por la vasta biblioteca personal que había logrado reunir y que atesoraba en el Liceo. El historiador dice que el filósofo fue “el primero en reunir una colección de libros” (XIII 1, 54). Ya veremos cuán importante e influyente fue esta biblioteca, cuya historia fue azarosa como pocas. Imitando el proceder de Filipo de Macedonia, que quiso que Aristóteles fuera el preceptor de su hijo Alejandro, cincuenta años más tarde Ptolomeo Sóter, primer monarca de Egipto y fundador de la biblioteca, quiso que el sucesor del filósofo de Estagira, Teofrasto, fuera el preceptor de su hijo predilecto. Teofrasto, ocupado como estaba en dirigir la escuela peripatética, nunca quiso moverse de Atenas, pero en cambio envió a un discípulo suyo, el más inteligente de todos, Estratón (Canfora, 1998). Pronto llegaría a la ciudad otro valioso exdiscípulo de Aristóteles, Demetrio de Falero, quien también fungió como tirano en Atenas, y que trabajó estrechamente junto al rey. Éste pudo perfectamente haberle sugerido la creación de la biblioteca. Tal vez otra colección similar de libros debió haberla tenido la Academia, fundada por Platón poco más de 50 años antes que el Liceo de Aristóteles, aunque no contamos con información al respecto. Sin embargo, no existe hasta este momento ningún testimonio de la existencia de bibliotecas sostenidas con fondos públicos, si bien parece que en algún momento se guardaron copias oficiales de las obras teatrales estrenadas en los festivales atenienses. Estas copias se conservaban previendo la posibilidad de que las obras fueran llevadas de nuevo a escena, y al parecer los actores estaban

expuestos a sanciones si en sus actuaciones se apartaban de los textos. Estos reposaron en los archivos públicos de la ciudad a solicitud del orador Licurgo, según testimonio de Pseudo-Plutarco (*Vidas de los diez oradores*, 841 f).



Fragmento de una cerámica griega de comienzos del siglo v, en la que se muestra a un maestro leyendo a un alumno (Antikenmuseum, Berlín)

El Mousaion

Fue, pues, a partir del modelo de la Academia de Platón y del Liceo de Aristóteles que Ptolomeo I Soter organizó, hacia el año 280 a. C., el primer Museo de Alejandría, según cuenta Diógenes Laercio (IV 1 y V 51), pero también otros historiadores como Ireneo de Lyon (*Contra las herejías* III 21, 2). Con su creación, el modelo de educación aristotélica era implantado con éxito en Alejandría, solo que esta vez bajo protección real (Canfora: 21). Sin embargo,

como nota Marrou, el *Mousaion* retoma también el viejo ideal de la comunidad filosófica iniciada por los pitagóricos (Marrou, 2000). Oficialmente se trataba de un templo en honor a las Musas, consagrado a su culto y presidido por un sacerdote. Este “culto a las Musas” consistía fundamentalmente en la dedicación al estudio de sabios e investigadores venidos de todo el mundo conocido. Para ello contaban con el apoyo de todo cuanto materialmente pudieran necesitar, no solo instrumentos para la experimentación empírica, incluso un zoológico y un jardín botánico (Marrou: 266), sino, y fundamentalmente, una excepcional biblioteca. Como se verá más adelante, pronto la creciente complejidad de la biblioteca hizo necesaria la creación del cargo de director, aparte del de sacerdote. Este director era nombrado por el rey, a quién obedecía directamente y de cuyo hijo solía ser el preceptor. Esto nos hace pensar que debía ser, como efectivamente fue, un científico o un humanista de altísima reputación. Más tarde, cuando la dinastía de los Ptolomeos hubo caído y Egipto pasó a ser una provincia de Roma, el director de la biblioteca era nombrado directamente por el Emperador.

Por tratarse de una biblioteca real, sus colecciones estaban reservadas a un número restringido de estudiosos dilectos, maestros y discípulos, y su vastedad era, más allá de sus ventajas prácticas, también expresión de la grandiosidad de la dinastía que la sufragaba (Cavallo y Chartier, 1998). Al igual que sus predecesoras, las bibliotecas atenienses eran una comunidad dedicada al cultivo de las artes y de las ciencias. Reynolds y Wilson (1986) hacen énfasis precisamente en el hecho de que se trataba de una comunidad dedicada no solamente al estudio de la literatura y de la filosofía, sino también, y en ello se hace patente la huella del aristotelismo, de las ciencias. Prueba de ello es que uno de sus bibliotecarios, Eratóstenes de Cirene, “quizá la mente más rigurosamente enciclopédica entre todos los filósofos alejandrinos” (Righi, 1969, p. 53), fue filósofo y poeta, pero también matemático, astrónomo y geógrafo, famoso por su intento de medir

la circunferencia de la tierra, así como la distancia del sol y de la luna, como luego veremos.

Una de las preguntas que salta respecto de la fundación de esta biblioteca es precisamente, ¿por qué Alejandría? Pues bien, por una parte, porque se trataba de una ciudad nueva, fundada poquitas décadas antes por el mismo Alejandro, quien le dio su propio nombre. A la muerte del conquistador, la dinastía de los Ptolomeos se hizo con la parte más rica y económicamente importante del imperio: Egipto. Los ricos suelos de las riberas del Nilo poseían abundantes cultivos de granos que surtían las despensas de Grecia y Roma, asegurándoles un valor estratégico solo comparable al que hoy poseen los países ricos en petróleo o agua dulce. Por otra parte, Egipto era por excelencia el hábitat de la planta del papiro, lo que le otorgaba el monopolio mundial de la materia prima de la escritura. En la carrera de los monarcas helenísticos por embellecer sus ciudades y darles reputación como centros culturales, los Ptolomeos contaban con grandes ventajas: mucho dinero y la tradición de una de las civilizaciones más antiguas del mundo. No carecían ellos mismos, además, de ilustración y cultura. Ptolomeo I Soter (305 a 282 a. C.), el fundador de la dinastía, fue historiador, autor de un autorizado relato de las campañas de Alejandro. Ptolomeo II Filadelfo, su sucesor (282 a 246), fue zoólogo. Ptolomeo III Evérgetes (246 a 222) apoyó el desarrollo de la literatura y las artes, y Ptolomeo IV Filópator (222 a 205) fue dramaturgo. No debe extrañarnos que estos reyes soñaran con hacer de su joven capital el centro cultural del mundo antiguo (Casson: 32-33)².

Fue así como implementaron una agresiva política que no se limitó a la creación de la biblioteca. Ofrecieron tentadores incentivos que atrajeran a los más reputados intelectuales del mundo griego³, logrando que se radicaran en la ciudad, que se convertía más y más en un populoso centro multicultural y cosmopolita. Salarios elevados, exención de impuestos, alojamiento y manutención gratuitos hicieron que filósofos, poetas, científicos e investigadores como el mencionado

Eratóstenes de Cirene, el matemático Euclides o Estratón, el más reputado físico de su época, vinieran desde Atenas, así como Herófilo de Calcedonia, pionero en el estudio de la anatomía, que trabajó en la renombrada escuela de Cos donde enseñó Hipócrates. Incluso Arquímedes dejó por un corto período su nativa Siracusa para radicarse aquí (Casson: 33). Eximidos de impuestos y demás gastos, aislados del mundo exterior, alimentados por cuenta del rey, fueron llamados por Estrabón “los pensionistas del Museo” (*Geografía* XVII 893-794).

Respecto de los fondos de la biblioteca, fue Demetrio de Falero, amigo predilecto del rey e influyente hombre de su Corte, su director plenipotenciario, si bien nunca tuvo nombramiento oficial. En todo caso, solo recibía órdenes de Ptolomeo, quien cada tanto pasaba revista a los rollos, interesado por el crecimiento de la colección. Se habían propuesto reunir en aquella biblioteca todo el conocimiento universal. Habían calculado que ello llevaría unos quinientos mil rollos y se habían puesto decididamente a coleccionarlos. La política era adquirirlo todo, desde poesía épica a libros de cocina (Casson: 35), sin importar lo que costara. Los escolios de los textos homéricos, por ejemplo, nos hablan de que numerosas copias que entraron al Museo llegaron procedentes de varias ciudades del mundo griego, y no solamente Atenas: Sinope, Argos, y hasta Massilia, en la actual costa francesa (Reynolds y Wilson, 1986).

Los métodos para la adquisición de estos fondos fueron variados y no siempre muy ortodoxos. Uno de los mayores problemas que afrontaron los Ptolomeos fue el de hacerse con libros griegos, los cuales debían de traerse principalmente de Atenas o de Rodas, o de alguna de las capitales del mundo griego, como se ha dicho. Se preferían libros viejos a copias nuevas, por la simple razón de que eran más confiables. A menos copias, menos riesgo de errores (Casson: 34). Sabemos que Demetrio había escrito a todos los gobernantes del mundo conocido, a fin de solicitarles que enviaran a Alejandría sus libros para

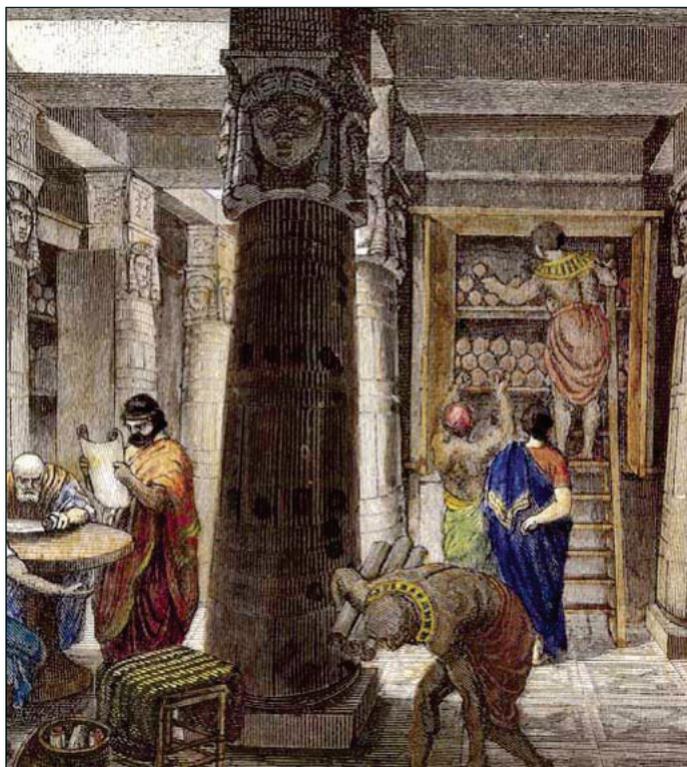
ser copiados a cambio de una suculenta remuneración. Galeno nos cuenta que éste fue el caso de las obras originales de Esquilo, Sófocles y Eurípides, que reposaban en los archivos de Atenas. Ptolomeo pidió a los atenienses que se las “prestaran” para ser copiadas, dejando como garantía la altísima suma de quince talentos de oro. El rey se apropió de los originales y prefirió perder el depósito, aunque, eso sí, envió a Atenas como dispensa unas hermosas copias (*Comentario al libro Sobre las epidemias de Hipócrates* xvii 2, 4). Asimismo, Ptolomeo ordenó que todos los libros encontrados en los barcos que recalaran en el puerto de la ciudad fueran confiscados y copiados sin más, aunque a veces “erróneamente” lo que se devolviera fueran las copias (Galeno, *Comentario al libro Sobre las epidemias de Hipócrates* xvii). Incluso, Ateneo nos cuenta que se intentó adquirir la valiosa colección de los libros de Aristóteles, que Teofrasto había legado en herencia a uno de sus viejos discípulos, Neleo de Escepsis (*El banquete de los eruditos* 1 3 a-b). Sin embargo, éste engañó hábilmente a los emisarios de Ptolomeo, vendiéndoles solo pequeños tratados sin importancia, libros de Teofrasto y otras obras menores. Cuenta también Galeno que, debido a la rivalidad con la Biblioteca de Pérgamo, pronto surgió todo un mercado de obras falsas y espurias (*Comentario al libro Sobre la naturaleza del Hombre de Hipócrates* xv), para cuya detección fue necesaria emplear la mayor habilidad de los filólogos del Museo.

Otro modo de incrementar los fondos de la biblioteca fue traducir libros cuyos originales estaban en otras lenguas. Pronto Demetrio, ya en época de Ptolomeo II, advirtió que era menester traducir los libros dedicados a la historia judía, pues estaban escritos en hebreo. Fue así que el rey dispuso la partida de una misión a Jerusalén, con el fin de traer a la biblioteca buenos traductores del hebreo al griego. La *Carta de Aristeas*⁴ nos cuenta cómo setenta y dos sabios intérpretes, seis por cada una de las doce tribus, se desplazaron a Alejandría con el fin de realizar la primera traducción del *Pentateuco*, los cinco primeros libros de la Torah, del hebreo al griego. Esta

traducción serviría después de base para la elaboración de la *Biblia Vulgata*. Pero no fue ésta la única empresa dirigida a traducir el legado cultural de un pueblo. A cada nación fueron enviados emisarios, de cada una se reclutaron sabios que dominaran el griego como su propia lengua, para que se encargaran de preparar traducciones al griego de sus principales obras. Así la legendaria traducción de los textos iraníes atribuidos a Zoroastro, que constaban, se cuenta, de más de dos millones de versos. Lo mismo ocurrió con cientos de textos babilonios, caldeos, asirios y también egipcios, como en el caso de las listas cronológicas de los antiguos faraones, traducidas al griego por un sacerdote egipcio llamado Maneto (Casson: 36). Se ve claramente que la política perseguida por los Ptolomeos no era solamente almacenar el acervo cultural ecuménico, sino traducirlo al griego. Comprender la cultura de los pueblos del mundo se convirtió, más que en asunto de prestigio, en factor estratégico y en elemento de poder. Se comprenderá fácilmente el porqué, dentro de esta política, se le daba un lugar preponderante a la traducción de los libros sagrados de cada cultura (Canfora: 27).

Paralelamente se inició la catalogación de todo ese acervo bibliográfico. Destaca en este respecto la labor del poeta Calímaco de Cirene, también en tiempos de Ptolomeo II, considerado el padre de los bibliotecarios. Calímaco fue autor de eruditos himnos y epigramas, entre los que destacan sus larguísimas *Argonáuticas*, poema épico de 5835 versos, que ha llegado íntegro hasta nosotros, así como el popular epigrama *La cabellera de Berenice*, que se conservó gracias a una imitación latina de Catulo. Calímaco intentó una clasificación general y cronológica por géneros, componiendo un *Catálogo de los autores que brillaron en cada disciplina singular*, en 120 rollos, según algunos, o tablas, *pínakes*, según otros. Calímaco comenzó haciendo una primera división entre libros de poesía y de prosa, y a partir de allí emprendió subsecuentes subdivisiones en géneros (Casson: 39). Cada género contenía una lista alfabética de sus autores, donde se incluía una

breve biografía y una bibliografía también ordenada alfabéticamente (Estrugas Mora: 7). Gracias a los *pínakes* calimaqueos conocemos, por ejemplo, el número completo de las obras de los trágicos y sus títulos, aunque apenas se hayan conservado íntegras unas cuarenta tragedias, o los doscientos diecinueve nombres de las obras de Teofrasto (Casson: 40). Sin embargo, consta que ese complejo trabajo había sido iniciado



Grabado que evoca la actividad dentro de la Biblioteca de Alejandría

ya por Zenódoto. Semejante empresa debió suponer la contratación de un personal calificado, encargado de clasificar, organizar y copiar todo el material. Es de suponer también que ello debió emplear unas cuantas docenas de empleados, compuestas fundamentalmente por esclavos (Casson: 38).

Las noticias acerca de la destrucción de la biblioteca son confusas y a veces contradictorias. En realidad, parece que más bien sufrió ataques y destrucciones parciales antes de su desaparición final. El primer incendio ocurrió en el año 48 a. C., durante el conflicto en el que Julio César se involucró para apoyar a Cleopatra VII en contra de su hermano Ptolomeo XIII. Cuenta el mismo César en su *Guerra civil* (III 111) que, viéndose sitiado en palacio, estuvo obligado a prender fuego a las naves de Ptolomeo que se encontraban en el puerto. Lo que no cuenta es que el fuego alcanzó fácilmente la biblioteca “hija”, la del *Serapeion*, perdiéndose los más de cuarenta y dos mil rollos que allí reposaban. Esto sin embargo lo refieren otros autores, como Séneca (*De tranquillitate* IX 4-5), Plutarco (*Vida de César* XLIX 4-6), Aulo Gelio (*Noches Áticas* VII 17), Dión Casio (*Historia romana* XLII 38, 2), Amiano Marcelino (*Historias* XXII 16, 13) y Orosio (*Historias contra los paganos* VI 15, 31). Se sabe que Marco Antonio quiso después compensar a Cleopatra, regalándole doscientos mil manuscritos de la Biblioteca de Pérgamo. La Biblioteca y el Templo de Serapis sobrevivieron sin embargo hasta fines del siglo IV de nuestra era, pues se sabe que allí trabajó Estrabón, como se ha dicho, quien no hace alusión alguna al incendio ni a la destrucción de los libros. En el año 391, un decreto del emperador Teodosio prohibió las religiones paganas. Teófilo, obispo de Alejandría, mandó entonces a destruir totalmente el *Serapeion* y la biblioteca “hija”, por ser un centro de doctrinas paganas. Los estudiosos sobrevivieron aún una generación más, hasta el brutal asesinato de Hipacia, en el 415. Orosio, el historiador cristiano, visitó ese año Alejandría, y da cuenta de la destrucción de la biblioteca por parte de los cristianos: “Hay templos hoy día, que nosotros hemos visto,

cuyos estantes para libros han sido vaciados por nuestros hombres. Y ésta es una cuestión que no admite ninguna duda” (*Historias contra los paganos* VI 15, 32).

En cuanto a la biblioteca del *Mousaion*, se sabe que sus directores eran nombrados por el Emperador, en época romana, y que Adriano fue especialmente generoso apoyándola. Pero también la época romana de Alejandría estuvo plagada de inestabilidad política y confrontaciones religiosas, todo lo cual debió sin duda afectar el funcionamiento de la biblioteca. Cuenta Amiano Marcelino que en el año 272 Zenobia, la reina de Palmira que se pretendía descendiente de Cleopatra, se apoderó de la ciudad. El emperador Aureliano, resuelto a recuperarla, la arrasó, destruyendo gran parte del importante barrio de Bruquión, donde se hallaba la biblioteca. En el año 296 el emperador Diocleciano, intentando reprimir una sublevación, ordenó también saquear la ciudad y, aunque no existen testimonios acerca de las consecuencias que el decreto del año 391, que llevó a la destrucción del *Serapeion*, hubiera tenido sobre el *Mousaion* y su biblioteca, es de suponer cuando menos que, ya para esta época, muchos de los intelectuales que habían hecho vida en la Biblioteca se hubieran mudado a otras ciudades más seguras, como Roma (Estrugas Mora: 10).

Una última versión, que cada vez parece tener menos credibilidad⁵, atribuye la destrucción de la biblioteca a los árabes cuando conquistaron Alejandría el año 640, vigésimo de la Hégira. Esta versión está basada en un relato de un historiador árabe del siglo XIII, Alí Ibn al-Qifti, quien en su *Crónica de hombres sabios* narra el encuentro entre el filósofo cristiano Juan Filopón, insigne comentador de Aristóteles, y el emir ‘Amr Ibn al-‘As, conquistador de la ciudad. El filósofo, temeroso por la suerte de la biblioteca, pregunta al general por el destino de los libros, deseoso de salvarlos. Éste no se atreve a tomar una decisión y manda a consultar al Califa ‘Umar I. Casi un mes, que es lo que tomaba el viaje terrestre entre Alejandría y Babilonia ida y vuelta, aguardan ansiosos el filósofo y el general, que habían terminado por hacerse amigos. La

respuesta del Califa es tajante: en el Corán está todo. Si hay libros que contienen enseñanzas contrarias, son heréticos y hay que destruirlos. Si hay libros que contienen las mismas enseñanzas, son innecesarios y hay que destruirlos. Muy a su pesar, Ibn Al-'Amr ejecutó la orden, y no tuvo ya cara para volver a ver a su amigo. Se cuenta que las calderas de los baños de Alejandría ardieron con el precioso combustible durante seis meses, día y noche.

Infraestructura y funcionamiento

Como se ha visto, no puede decirse que la Biblioteca de Alejandría haya tenido un mismo tipo de funcionamiento durante toda su existencia. Ni siquiera que sus objetivos y funciones hayan sido las mismas siempre. Es lógico pensar que ellos hayan ido variando según las circunstancias de su propio crecimiento y desarrollo, según las etapas de consolidación de su proyecto universal. En un primer momento fue necesario crear y consolidar la colección. Ya hemos visto qué medidas fueron implementadas para el logro de este fin. Posteriormente fue necesaria la clasificación, organización y finalmente el estudio de todo este acervo bibliográfico.

En su descripción de Alejandría, Estrabón, historiador de época romana que trabajó en la biblioteca, inserta una descripción exacta del Museo. Dice: “del palacio real forma parte también el Museo. Éste comprende el peripato, la exedra y una sala grande, en la cual comen juntos los sabios que son miembros del Museo. Tienen también un sacerdote, que es jefe del Museo, antiguamente designado por soberanos y ahora por Augusto” (*Geografía* xvii 1, 8). A continuación, describe detalladamente el llamado *Soma*, el “cuerpo”, un gran recinto circular en el que el primer Ptolomeo había mandado a colocar la tumba de Alejandro, y a la que se fueron añadiendo las tumbas de los demás Ptolomeos: “El denominado *Soma* es también parte del palacio real. Es un recinto circular en el cual se encuentran las tumbas de los reyes y la

de Alejandro”. Parece bastante claro que, a partir de la descripción de Estrabón, el Museo y el *Soma* son edificios contiguos. Si no nombra la biblioteca será porque ésta no comprende un edificio aparte, sino que forma parte del Museo (Canfora: 71-72), dentro del complejo palaciego. Éste estaba situado en el barrio de Bruquiión, que quedaba en el centro y próximo al mar, el más importante de todos por ser el que ocupaba la élite griega. Los judíos y los egipcios aborígenes habitaban otros barrios, al este y al oeste de la ciudad.

Como puede verse por la descripción de Apolodoro, la Biblioteca del *Mousaion* no tenía propiamente salas de lectura, sino más bien se trataba de una serie de salas y pórticos, cuyas paredes acogían nichos con estantes donde se guardaban los rollos. El peripato, por otra parte, no era un paseo, sino una gran avenida cubierta, a cuyos lados se alineaban las cavidades que albergaban las estanterías (*bibliothekai*). Cada cavidad albergaría un determinado género de autores, oportunamente señalizados a la manera de los encabezamientos de los *Catálogos* de Calímaco. Seguramente se disponía también de *scriptoria* para la copia de los libros, así como de algún almacén (Estrugas Mora, 2005).

Esta organización se ve corroborada con la comparación con los edificios de otras dos grandes bibliotecas de la época: la de Pérgamo, fundada en el siglo II a. C. por el rey Eumenes con el propósito de rivalizar con la de los Ptolomeos, y la del *Serapeum*, llamada biblioteca “hija” en la propia Alejandría. Ésta, pensada para los estudiosos ajenos al Museo, había sido organizada por Ptolomeo Filadelfo (o Evérgetes, según otros) en el recinto del templo de Serapis, en el viejo barrio egipcio de Racotis, de donde había surgido originariamente la ciudad. A ella se habían trasladado copias provenientes del Museo, y, en tiempos de Calímaco, disponía de cuarenta y dos mil ochocientos rollos, como se ha dicho. A diferencia del Museo, aquí solo había copias, lo que no era obstáculo para que gozara también de prestigio, a juzgar por el hecho de que fue allí donde trabajó el historiador siciliano Diodoro. Ya se ha

dicho que en el año 47 a. C. fue destruida por un incendio durante la guerra de César contra los egipcios.

Alcances

La Biblioteca de Alejandría nació de una feliz conjunción de factores políticos y culturales, pues conjuga la ambición de un saber universal del aristotelismo, el ideal estoico del cosmopolitismo y la posibilidad concreta de que semejante empresa pudiera haber sido patrocinada por un monarca griego. Es, pues, manifestación cabal del ecumenismo alejandrino. De hecho, el *Mousaion* no es el único ejemplo de iniciativas similares. Bibliotecas costeadas por el Estado se establecieron también en Antioquía, Rodas, Esmirna y posiblemente otras capitales helenísticas, a más de la de Pérgamo, la archirrival de la alejandrina. Sin embargo, todas quedaron eclipsadas por la biblioteca egipcia (Tarn y Griffith: 203). Estrabón en su *Geografía* dice que, en realidad, fue Aristóteles quien ayudó a los reyes Ptolomeos a organizar esta biblioteca (xiii 54). Los datos acerca del número total de los libros que atesoraba son disímiles. Según la *Carta de Aristeas*, sus fondos bibliográficos ascendieron a los doscientos mil ejemplares, aunque el gramático bizantino Tzetzes, en sus *Prolegómenos a Aristófanes*, habla de cuatrocientos noventa mil. Aulo Gelio en sus *Noches áticas* (vii 17) y Amiano Marcelino en sus *Historias* (xxii 16, 13) nos hablan de setecientos mil, y Séneca en su *De tranquillitate* (ix 4-5), junto con Orosio (*Historias contra los paganos* vi 15, 31), nos habla de cuarenta o cuatrocientos mil (un cero más, un cero menos). Un cálculo moderno nos dice que, en realidad, la biblioteca pudo almacenar unos cincuenta mil rollos, que habrían equivalido a doce mil quinientos libros actuales (Escolar Sobrino, 2001, pp. 136-138).

Ya se ha dicho que, aunque Demetrio de Falero jugó un importante papel en la fundación y organización de la biblioteca, no

poseemos ningún testimonio de que haya sido oficialmente su primer director. Según la *Suda*, la enciclopedia bizantina escrita en el siglo X a partir de materiales alejandrinos, el primer director de la Biblioteca fue el filólogo Zenódoto de Éfeso, experto en Homero, quien ostentó este cargo entre 285 y 270 a. C. Como se ha visto, este cargo, que requería de una vasta y profunda erudición y cultura, estaba separado del de director del Museo, que era ostentado por un sacerdote, pero no sabemos si el director de la biblioteca del Museo lo era también de la biblioteca del *Serapeion*. A partir de los datos suministrados por el Papiro de Oxirrincon° 1241⁶, sabemos que sucedieron a Zenódoto científicos y filólogos de la talla de Apolonio de Rodas, Eratóstenes de Cirene (270-245 a. C.), Aristófanes de Bizancio (195-180 a. C.), Apolonio de Alejandría (180-175 a. C.) y Aristarco de Samotracia (175-145 a. C.).

Como es de suponer, las relaciones entre hombres tan cultos no siempre fueron armoniosas, lo que confirma un mordaz dístico que suele citarse al respecto, atribuido al escritor satírico Timón de Fliunte⁷:

Muchos están bien cebados en el populoso Egipto,
emborronadores de papiros, que se picotean incesantemente
en la pajarera de las Musas

Sin embargo, esta misma situación, que favorecía el intercambio y la confrontación de las ideas, propició un estimulante clima intelectual y el crecimiento de las ciencias y de las artes. Sería imposible elaborar una lista exacta de todos los usuarios de la biblioteca. Sin embargo, es importante mencionar que entre ellos se cuentan matemáticos como Euclides, Arquímedes y Teón de Alejandría; geógrafos e historiadores como Manetón, Diodoro de Sicilia y Estrabón; filósofos como Filón de Alejandría y Plotino; poetas como Calímaco y Teócrito; astrónomos como Claudio Ptolomeo y médicos como Galeno, en cuyas obras nos detendremos más adelante. Valga decir que entre Calímaco y Teón de Alejandría, el último

de los grandes exponentes de la biblioteca, median siete siglos de trascendentales aportes y renovadores estudios para las ciencias y para las letras (Estrugas Mora: 8).

El legado de la biblioteca

La Biblioteca de Alejandría representa un esfuerzo exitoso por reunir sistemáticamente toda la herencia literaria y científica del pasado, publicándola, clasificándola, estudiándola y archivándola. Los autores e investigadores, atraídos por tanta información, así como por los incentivos ofrecidos por los Ptolomeos, encontraron en el Museo un lugar de trabajo colegiado, institucionalizado y, por primera vez, financiado por el Estado, bajo la forma religiosa de culto a las Musas. La acumulación de libros, instrumentos de trabajo y talentos hizo de Alejandría la verdadera capital espiritual del mundo helenístico en el siglo III a. C. (Heinen, 2007, p.109). Esta unión de ambiente cortesano, ciencia y filología significó un fuerte impulso para las ciencias naturales, las matemáticas, la geografía, la astronomía y la literatura. Es necesario notar que, herederos de una concepción muy griega del conocimiento, los alejandrinos no se limitaron a acumular y atesorar estáticamente el conocimiento, sino a estudiarlo y reelaborarlo dinámicamente, a fin de enriquecerlo y acrecentarlo, lo que aseguró un inusitado avance de la ciencia durante el periodo helenístico.

En algún lugar hemos mencionado ya la deuda de la Biblioteca con el aristotelismo en lo referente a su concepción misma, así como en la importancia dada al cultivo de las ciencias. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar el estudio de la literatura como objeto científico. Ello originó el nacimiento de la que ha sido tenida por la primera de las ciencias, la filología, que es otra de las deudas que la cultura guarda con el filósofo de Estagira. La filología, como “técnica dedicada al estudio de la palabra escrita”, comenzó allí su camino hasta hoy (Miralles, 1989, p. 29), no exenta de inspiración esencialmente aristotélica. Como bien nota Canfora, fue Aristóteles el primero en

emprender el estudio sistemático de los textos literarios, abandonando posiciones doxográficas que a menudo desembocaban en actitudes poco animadas por el espíritu científico, “ideas pueriles y tendentes al extremismo del tipo de expulsar a Homero de la «ciudad ideal»” (Canfora: 42). Sus intentos por hacer de la técnica poética una teoría son canónicos. Menos conocidos son otros estudios literarios atribuidos también al filósofo y hoy perdidos, cuyos títulos fueron transmitidos por Diógenes Laercio: *Acerca de los poetas*, en dos libros; las *Aporías de Homero*, en seis libros; *Acerca de las tragedias*, en un libro, a más de otras obras sobre la belleza y el arte (D.L. v 22-27).

Muchas de las ideas de Aristóteles, ya patrimonio de la escuela peripatética, fueron retomadas por Demetrio en sus tratados *Acerca de la Iliada*, *Acerca de la Odisea* y *Acerca de Homero*. Allí intenta, “sensatamente”, una sistematización teórica basada “no ya en famosas intuiciones”, para usar las expresiones de Canfora (*idem*), sino en las colecciones de los textos de que se disponía. Otro discípulo de Teofrasto, Praxifanes de Mitilene, que a su vez fue maestro de Calímaco y de Demetrio, se había dedicado también a los estudios filológicos (Tarn y Griffith: 204), llegando a poner en duda la autenticidad de los proemios de *Los trabajos y los días* de Hesíodo (Righi: 49). Ciertamente, el método aristotélico de acercarse al hecho literario rompía escandalosamente con las especulativas maneras de su maestro Platón. Antes de Aristóteles era simplemente imposible concebir la obra literaria como un objeto susceptible de estudio y análisis formal. Todo era opinión y especulación. Aristóteles, lejos de condenar a Homero, intenta explicar de modo convincente el porqué la *Iliada* y la *Odisea* sobresalen con respecto de los demás poemas épicos, tanto desde el punto de vista de su construcción formal como de su factura artística. Esta convicción, que Demetrio tal vez presenta en sus tratados como demasiado suya, se convirtió en dogma para los filólogos del Museo.

Lo que vino después fue el desarrollo e implementación de un método de análisis literario capaz de demostrar empíricamente estas

convicciones, lo cual devino con el tiempo en ciencia. A los filólogos de Alejandría se deben las técnicas del análisis filológico que aún hoy permiten una mejor apreciación del objeto literario. No es casual que cinco de los seis primeros bibliotecarios, Zenódoto, Apolonio de Rodas, Eratóstenes, Aristófanes de Bizancio y Aristarco se encontraran entre los más famosos literatos de su tiempo, y si los textos literarios clásicos griegos nos han llegado en un estado razonablemente libre de corrupción, se debe en gran medida al éxito de sus métodos (Reynolds y Wilson: 17). Eratóstenes fue el primero en llamarse a sí mismo *philólogos*, es decir, “amante de la cultura” (Righi: 54), sin embargo, a todos ellos se deben los primeros intentos de unificación de los textos, lo que se denomina “normalización”.

José Alsina divide la edad de oro de la filología alejandrina en tres periodos, uno para cada uno de los tres filólogos fundadores: Zenódoto, Aristófanes de Bizancio y Aristarco (Alsina, 1991, p. 65). Se debe a Zenódoto la invención de la crítica de textos por comparación de manuscritos. Éste llegó a establecer un texto de Homero expurgado de interpolaciones y dividido en veinticuatro cantos, tantos como las letras del alfabeto griego, mayúsculas para la *Iliada* y minúsculas para la *Odisea* (Righi: 53), si bien la versión definitiva que ha llegado a nosotros se debe a su sucesor Aristarco (Tarn y Griffith: 204). Se sabe que anteriormente cada ciudad griega ostentaba su propia “edición” de los poemas de Homero, que eran utilizados en las escuelas⁸. Estas ediciones eran denominadas *katápolin*, es decir, “según cada ciudad”, la primera de las cuales fue elaborada en Atenas en el siglo VI a. C., por orden de Pisístrato (Reynolds y Wilson: 11). El interés de los alejandrinos se centraba en encontrar la versión definitiva de la *Iliada* y la *Odisea*, más allá de las diferencias que surgían entre sus diferentes ediciones. Se trataba de la implementación del método comparativo entre la mayor cantidad de ediciones disponibles, si todas mejor, a fin de hallar la versión más fidedigna de los textos, es decir, su versión original. Sin embargo, a los filólogos alejandrinos los animaba el ideal

de encontrar la versión original de todas las obras de la literatura griega, no solo de las de Homero, depurándolas de toda variación y corrupción posible.

Los filólogos alejandrinos eran especialmente proclives a condenar los versos que consideraban “espurios”, *athetés*. Las razones que generalmente alegaban podrían resultarnos hoy poco convincentes. Una de sus favoritas era que el pasaje resultaba “indigno”, *áprepon*. Uno de los blancos favoritos de sus censuras era, por ejemplo, los amores adúlteros y clandestinos entre Ares y Afrodita, en el canto VIII de la *Odisea*: absolutamente indignos de un dios. Sin embargo, los alejandrinos tuvieron el respeto suficiente para no alterar los textos (Reynolds y Wilson: 22), limitándose a anotar sus críticas al margen (*scholia*). En todo caso, a más de sus reputadas ediciones de los textos homéricos, Zenódoto hizo lo propio con Hesíodo, Píndaro y Anacreonte, mientras que Aristarco y Aristófanes bizantino lo hicieron también con Platón, Heródoto, los trágicos, Píndaro y otros poetas antiguos, estableciendo definitivamente sus textos y haciendo valiosas críticas y comentarios (Casson: 43). Se sabe que fueron también los filólogos alejandrinos los primeros en dividir las *Historias* de Heródoto en nueve libros, cada uno dedicado a una de las nueve Musas, o los poemas de Safo y Alceo según el tipo de metro usado en sus poemas.

A partir de la normalización de los textos, el siguiente paso consistía en traslitarlos, llevándolos a la ortografía griega jonia y homologando así su lectura. En ello también incidió una mejora en los métodos de puntuación y la invención de un sistema de acentuación, que se atribuyen a Aristófanes de Bizancio. Otro aporte de gran importancia fue la invención de la colometría, lo que propició una mejor apreciación y lectura de los textos poéticos, que anteriormente se presentaban a renglón corrido, como si se tratara de prosa. Aristófanes bizantino fue el primero en dividir la poesía en versos (*kólon*), agrupando éstos en estrofas (Alsina: 66).

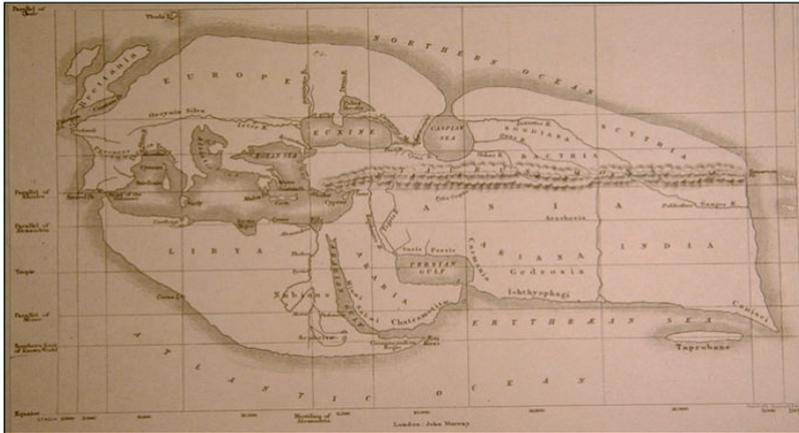
Los alejandrinos hicieron de la filología una ciencia, produciendo comentarios, críticas y cantidad de bibliografía sobre obras raras. Igualmente promovieron otras disciplinas lingüísticas, como es el caso de la lexicografía. Los primeros recuentos de términos raros o arcaicos se deben al poeta e investigador Filitas, quien confeccionó un glosario comentado de términos homéricos hacia el año 300 a. C., conocido como *Palabras misceláneas*. Similar es el caso de la lista de términos macedonios compilada por Amerias, que pertenece a la misma época. El siguiente paso fue dado por Aristófanes de Bizancio, quien compuso una obra llamada simplemente *Léxeis*, “palabras”, donde compila en orden alfabético toda palabra, rara o usual, que considerara digna de algún tipo de comentario. Célebre por los numerosos glosarios que escribió fue también el “infatigable” Ario Didimo, y célebre fue también Dionisio de Tracia, autor de la primera gramática de la lengua griega (Casson: 43-44). En toda esta obra se pone de manifiesto la influencia estoica, por la importancia y el gusto por las etimologías y el estudio lógico del lenguaje, pero también, por su carácter marcadamente enciclopédico y universal, se hace evidente una orientación definitivamente aristotélica.

Si las mejoras en la presentación y el aspecto exterior de los textos literarios tuvieron resultados significativos, mucho mayor fue el impacto y la importancia de los avances en los métodos de la investigación literaria. La necesidad de fijar los textos de Homero y de otros autores clásicos llevó a una sistematización metodológica que no había tenido precedentes. La discusión de los pasajes especialmente difíciles condujo a la implementación de las técnicas de comparación, pero también de comentarios textuales. Ὅμηρον ἐξ Ὁμήρου σαφηνίζειν, “Homero se comprueba a partir de Homero”, decía Aristarco, queriendo significar que la mejor guía para entender a un autor son sus mismos escritos (Reynolds y Wilson: 23). Es verdad que ya antes se habían compuesto tratados acerca de un autor o de una obra literaria, como

muestran los ejemplos de Aristóteles ya citados, pero era la primera vez que estos comentarios se incluían en el texto, lo que optimizaba incontestablemente su lectura. Es así que los alejandrinos inventaron, como se ha dicho, el comentario marginal, los *scholia*, así como la nota a pie de página, y los signos críticos propios del análisis textual: el *obelos* fue implementado por Zenódoto. Se trata de una pequeña línea horizontal con la que se marcaban los versos sospechosos de ser espurios. Los demás signos fueron introducidos por Aristarco: el *diple* (), que hoy todavía se utiliza, para indicar el pasaje que debía ser anotado; el *diple* punteado (>), que señalaba el pasaje en el que Aristarco difería de la lectura de Zenódoto; el *asteriskós*, llamado así por su forma de estrella, *astér* (⋈), indicaba un verso incorrectamente repetido, y la *antisigma* (⊠) señalaba pasajes en los que el orden de los versos había sido cambiado (Reynolds y Wilson: 20). Otra innovación debida a Aristófanes de Bizancio parece ser la inclusión de un resumen (*hypóthesis*) al comienzo de cada tragedia o comedia (Alsina: 67).

Si bien Zenódoto y Calímaco, las figuras dominantes de los inicios de la biblioteca, se enfocaron fundamentalmente en la literatura, la próxima gran figura, Eratóstenes de Cirene, hizo sus aportes a la ciencia. Se ha dicho ya que escribió dos libros de geografía, pero también se destacó en astronomía y geometría. Intentó medir la circunferencia de la tierra, las distancias al sol y a la luna y fue autor de uno de los primeros mapamundis. Sin embargo, la lista de los científicos y usuarios de la biblioteca que hicieron importantes aportes a las ciencias en la antigüedad es muy amplia. Arquímedes de Siracusa (ca. 287 a ca. 212 a. C.), uno de los mayores matemáticos de todos los tiempos, estudió también en Alejandría, según Diodoro de Sicilia (*Biblioteca histórica* 1 34 y v 37). Hizo importantes avances en hidrostática y estática, describió los fundamentos de la palanca y describió los principios de la espiral y la parábola. Aristarco de Samos (310 a 230 a. C.) fue el primero en proponer un modelo heliocéntrico para el universo mucho antes que Galileo, atreviéndose a rebatir el modelo geocéntrico aristotélico.

Euclides (325 a 265 a. C.), que vivió en Alejandría durante el reinado del primer Ptolomeo, es considerado el padre de la geometría. Su libro *Los elementos*, que define las propiedades de las formas puras (líneas, planos, círculos, esferas, triángulos y conos), es uno de los libros científicos más conocidos del mundo. Hiparco de Nicea (190 a 120 a. C.) sucedió a Eratóstenes en la dirección de la biblioteca. Astrónomo, geógrafo y matemático, configuró el primer catálogo de las estrellas, que contenía la ubicación, en coordenadas elípticas, de mil ochenta estrellas,



Reconstrucción del mapa de Eratóstenes (siglo XIX)

y estudió la precesión de los equinoccios, intentando fijar la posición del equinoccio de primavera. Inventó un teodolito que permitía medir las posiciones de las estrellas, expresando su brillo en magnitudes. Conón de Samos (280 a 220 a. C.) llegó en Alejandría durante el reinado de Ptolomeo Evergetes, desempeñándose como astrónomo real hasta su muerte. Descubrió la constelación de la “Cabellera de Berenice”,

bautizándola así en honor a la reina Berenice II. Su obra *De astronomia*, en siete libros, describía las propiedades de los eclipses de sol. Apolonio de Pérgamo (262 a 190 a. C.) fue geómetra, pero también tesorero real de Ptolomeo Filadelfo. Fue quien dio nombre a la parábola, la elipse y la hipérbola, y se le atribuyen las teorías de las órbitas excéntricas y los epiciclos. Su obra, *Sobre las secciones cónicas*, fue compilada en ocho libros. Claudio Ptolomeo (ca. 100 a ca. 170) fue uno de los más célebres astrónomos y astrólogos de la Antigüedad. Su obra, el *Almagesto*, restituyó el modelo geocéntrico aristotélico, y su autoridad lo mantuvo vigente hasta Galileo. Se le atribuye la invención de los horóscopos. Sin embargo, realizó también importantes aportes en el área de la óptica, la geografía y la música.

En el campo de la medicina, los avances alejandrinos no fueron menos significativos. A Herófilo de Calcedonia (335 a 280 a. C.) se considera el verdadero padre de la anatomía sistemática, basada en la disección pública de cadáveres, pero también en vivisecciones en criminales y condenados a muerte, prácticas que estaban prohibidas en Grecia pero permitidas en Egipto. A Erasístrato de Ceos (304 a 250 a. C.) se le atribuye la fundación, junto con Herófilo, de la escuela alejandrina de medicina, que rivalizó con la hipocrática de Cos. Realizó numerosos experimentos, logrando descubrir la circulación sanguínea, así como las funciones del corazón y de las principales arterias. Así también, en el campo de la neurología, realizó importantes descubrimientos relativos a la estructura del cerebro y del sistema nervioso central, oponiéndose a la teoría de los humores de Hipócrates. Todo esto nos da una idea de la importancia que tuvo el *Mousaion* como reservorio del conocimiento de la Antigüedad, y la enorme deuda que guardan con él las humanidades y las ciencias.

Fuentes para la historia de la Biblioteca de Alejandría

Las fuentes antiguas que nos reportan la existencia del *Mousaion*, la biblioteca y la biblioteca “hija” en el *Serapeion* de Alejandría son

numerosas, y no nos dejan dudas acerca de su existencia durante el período que transcurre entre el reinado de Ptolomeo I Sóter y, por lo menos, los incendios y saqueos de tiempos del obispo Teófilo, en el siglo IV de nuestra era. Sin embargo, pocas de ellas son originales. La mayoría se limita a repetir informaciones precedentes, malinterpretándolas muchas veces. Es así que el problema de estas fuentes no es tanto su insuficiencia como las confusiones que frecuentemente plantean⁹.

Obviamente, los datos más fidedignos provienen de aquellos historiadores contemporáneos a la biblioteca. Hecateo de Abdera escribió unas *Historias de Egipto* o *Egiptíacas*, hoy perdidas pero que sirvieron como fuente para la *Biblioteca Histórica* de Diodoro, especialmente en el libro I, que está dedicado a Egipto y que en algunos pasajes lo copia punto por punto. Hecateo fue contemporáneo del rey Ptolomeo Sóter, y tuvo la oportunidad de remontar con él el Nilo hasta Tebas, pudiendo contemplar con sus propios ojos ciudades y monumentos que luego describió en sus obras. Igualmente Estrabón, que sabemos estudió en la biblioteca del *Serapeion*, dedica parte del libro XIII de su *Geografía* a la formación de la biblioteca, y en el libro XVII la describe. Asimismo, Estrabón es una fuente importante acerca del azaroso destino de los libros de Aristóteles. La *Carta de Aristeas a Filócrates*, parafraseada por el historiador Flavio Josefo en sus *Antigüedades de los Judíos*, fue escrita por un tal Aristeas, cortesano de origen judío, y narra cómo Ptolomeo Filadelfo fue persuadido de mandar a traducir el *Pentateuco* al griego, así como los episodios y vicisitudes de esta empresa.

En segundo lugar, están los escritores, filósofos o historiadores de la época romana que mencionan de un modo u otro la biblioteca. Estos escritores griegos y romanos tuvieron sin duda acceso a las fuentes primarias. Se cuentan entre ellos al mismo Cicerón (*AAtico*), a Séneca (*De tranquillitate* y *A Lucilio*) y, cómo no, a César, quien en su *Bellum civile* y su *Bellum Alexandrinum* nos narra en primera persona las peripecias de su aventura alejandrina. Entre los historiadores romanos casi ninguno dejó de tocar éste o aquel aspecto referente a la Biblioteca. Así Plinio

el Viejo (*Historia natural*), Tito Livio (*Desde la fundación de la Ciudad*), Suetonio (*Vida de César*), Claudio Eliano (*Historia varia*) y Dión Casio (*Historia romana*), pero tampoco poetas como Lucano. Entre las fuentes griegas destaca un polígrafo como Plutarco, quien tenía una asombrosa cultura que le permitía tocar casi cualquier punto de la historia antigua. Así, en sus *Vidas*, especialmente las dedicadas a Sila, Antonio y César, pero también en otras obras, como su *Discursos del rey y de los generales*. Lo mismo diremos de Polibio, autor de una *Historia general* de la Antigüedad, y Galeno, quien en sus diferentes *Comentarios* a Hipócrates nos habla sobre los claroscuros del mercado de los libros en Grecia. Finalmente, Ateneo, en su *Banquete de los eruditos*, refiere el capítulo de la adquisición de los libros de Aristóteles y Teofrasto.

En tercer lugar están las fuentes de época tardía o cristiana. De ellos destaca Diógenes Laercio (siglo III), quien en sus *Vidas de filósofos ilustres* nos proporciona valiosos datos acerca de la cultura libresca en época clásica y posclásica. Asimismo, Aftonio de Antioquia en su tratado *Progymnasmata*, o *Ejercicios de retórica*, nos proporciona un plano del *Serapeion*. Entre los historiadores cristianos, casi todos del siglo IV, destacan Ireneo, obispo de Lyon (siglo II), autor de un tratado *Contra las herejías*; el braguense Pablo Orosio, autor de unas *Historias contra los paganos*; Epifanio de Salamina, que fue obispo y escritor bizantino, autor de un tratado *De mensuris et ponderibus*, y Eusebio de Cesarea, autor de una *Preparación evangélica*. Está claro que la historia y los alcances de la Biblioteca de Alejandría debieron dejar profunda huella también en la cultura bizantina. Respecto de las fuentes de esta época destacan Focio (siglo IX), autor de una *Biblioteca histórica*, y el filólogo y erudito bizantino Juan Tzetzes (siglo XIII), quien en su *Acerca de la comedia* relata la intención de Ptolomeo Filadelfo de reunir las obras “de todos los pueblos”. Sin embargo, la gran fuente de esta época es la *Suda*, especie de enciclopedia del mundo mediterráneo compilada en el siglo X, que ofrece numerosas entradas a diversos aspectos de la biblioteca. Respecto del diálogo de Juan Filopón con el emir al-'As, la fuente principal sigue

siendo el mencionado tratado de Ibn al-Qifti, la *Crónica de hombres sabios* (*Ta'rikh al-Hukama*) del siglo XIII.

Actualmente, la verdad acerca de las muchas interrogantes que la historia de la Biblioteca de Alejandría nos continúa planteando aguarda por la respuesta no ya de los historiadores, sino de los arqueólogos. Desde el siglo XIX los ingenieros militares de Napoleón buscaron afanosamente sus restos entre las ruinas alejandrinas. En un escrito aparecido en París en 1821, la *Description de l'Égypte*, Jean Baptiste Prosper Jollois y René Edouard Devillier trataban de asociar las ruinas aún visibles en la ciudad con las estructuras descritas por Diodoro (Canfora: 134). Pocos años más tarde, Jean François Champollion, el descifrador de la piedra de Roseta, también intentó sin mayor éxito hallar los restos de la biblioteca. Igual suerte corrió la mayoría de los intentos emprendidos durante los siglos XIX y XX. Hoy día, dos excavaciones se llevan a cabo no solamente en el subsuelo de la moderna Alejandría, sino, lo que ha tenido mayor impacto mediático, en el lecho marino cercano a sus costas. La primera, a cargo del arqueólogo francés Jean Yves Empereur, fundador del Centre d'Études Alexandrines, ha sacado a la luz restos de cementerios, palacios y templos, y ha descubierto bajo las aguas restos monumentales de lo que debió ser el famoso Faro. La segunda, a cargo de Frank Goddio, director del Institut Européen d'Archeologie Sous-Marine, ha hallado los restos de lo que se cree fue el palacio de la reina Cleopatra (Estrugas Mora: 11). Sin embargo, la gran biblioteca del *Mousaion* continúa escondiéndose. Mientras tanto, el Gobierno egipcio, con la colaboración de la UNESCO, inauguró en el año 2002 la nueva *Bibliotheca Alexandrina*. Esta institución tiene por objeto facilitar el acceso democrático de todos los pueblos a la información a través de las nuevas tecnologías, recuperando para nosotros, después de tantos siglos, el espíritu universal de aquellos primeros científicos y filólogos griegos.

Notas

- ¹ Se trata de uno de los rollos más largos que se conservan, el P. Oxy. 843.
- ² En una carta fechada en diciembre del año 640, dirigida por el emir 'Amr Ibn al-As al Califa 'Umar para informarle que finalmente Alejandría había caído bajo el dominio musulmán, dice: "He conquistado la gran ciudad de Occidente y no me resulta fácil enumerar sus riquezas y sus bellezas. Me limitaré a recordar que cuenta con cuatro mil palacios, cuatro mil baños públicos, cuatrocientos teatros o lugares de diversión, doce mil comercios de fruta y cuarenta mil tributadores hebreos" (en los Anales de Eutiquio, II p. 316 ed. Pococke, citada por Canfora: 79).
- ³ Efectivamente, Finley (1983, p. 319) insiste en que, "los eruditos vinculados con este magno proyecto eran todos griegos y, a pesar de la naturaleza multirracial (aunque muy estratificada) del entorno, se manifiestan como más griegos, y considerablemente más doctos, que sus antecesores del continente".
- ⁴ La fuente más antigua acerca de la primera traducción de la Torah al griego es la Carta de Aristeeas a Filócrates, escrita en el s. II a.C. Sin embargo, adolece de errores históricos, pues habla de que la iniciativa partió de una sugerencia hecha por Demetrio a Ptolomeo Filadelfo, cuando se sabe que el ateniense fue asesor y amigo de su padre, Ptolomeo Sóter, y que fue precisamente bajo el reinado de su hijo cuando éste cayó en desgracia y murió sospechosamente. En todo caso, la fuente sirve para probar la vinculación de Demetrio con esta iniciativa.
- ⁵ Esta versión ha sido actualmente blanco de críticas que han minado su credibilidad. Básicamente, al-Qifti, que narra hechos que debieron haber sucedido seis siglos antes de la época en que escribe su historia, sitúa en la misma época a Juan Filopón, que vivió en el siglo VI, y a al-'As, que vivió en el siglo VII. Por otra parte, y como notaba el famoso historiador británico Edward Gibbon (autor de la Historia de la decadencia y caída del imperio romano), basado a su vez en la autoridad del arabista holandés Hadrianus Reland en su *De jure militari Mohammedanurom*, "el rígido decreto de 'Umar repugna a los preceptos sanos y ortodoxos de los casuistas musulmanes, quienes declaran formalmente que no es lícito entregar a las llamas los libros religiosos, ni de hebreos ni de cristianos, adquiridos por derecho de guerra". Ello es así pues, según Reland, "no es necesario que sean quemados los libros de los judíos ni de los cristianos, por el respeto que se le debe al nombre de Dios".
- ⁶ Actualmente se admite que este papiro puede contener algunos errores (Parsons, 1952, pp. 155-160).
- ⁷ Conservado por el testimonio de Ateneo (*Banquete de los eruditos* I 22 d).
- ⁸ Como se ve, el carácter oficial de los textos escolares, así como el cuidado por el Estado sobre los contenidos de la enseñanza infantil, fueron también preocupación de los antiguos griegos.
- ⁹ Sería inapropiado intentar aquí la catalogación exhaustiva de todos los documentos

que de alguna forma tocan la biblioteca alejandrina. Sólo va una lista de las principales fuentes.

Referencias bibliográficas

- Alsina, J. (1991). *Teoría literaria griega*. Madrid: Editorial Gredos.
- Canfora, L. (1998). *La biblioteca desaparecida*. Traducción de Xilberto Llano Caelles, Gijón: Ediciones Trea.
- Casson, L. (2002). *Libraries in the Ancient World*, New Haven and London: Yale University Press.
- Cavalo, G. y Chartier, R. (1998). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Traducción de María Barberán, Madrid: Santillana S.A. Taurus.
- Escolar Sobrino, H. (2001). *La biblioteca de Alejandría*. Madrid: Editorial Gredos.
- Estrugas Mora, G. (2005). "La biblioteca de Alejandría", *Tk 17* (Pamplona, diciembre): <http://www.asnabi.com/revista-tk/revista-tk-17/33estrugas.pdf>
- Finley, M. I., (Ed.) (1983). *El legado de Grecia. Una nueva valoración*. Traducción castellana de Antonio-Prometeo Moya, Madrid: Critica.
- Heinen, H. (2007). *Historia del helenismo. De Alejandro a Cleopatra*. Traducción de Helena Bombín Izquierdo, Madrid: Alianza Editorial.
- Marrou, H. I. (2000). *Historia de la educación en la Antigüedad*. Traducción de Yago Barja de Quiroga, México: Fondo de Cultura Económica.
- Miralles, C. (1989). *El helenismo. Épocas helenística y romana de la cultura griega*. Barcelona: Montesinos Editor.
- Parsons, E. A. (1952). *The Alexandrian Library: glory of the Hellenistic world. Its rise, antiquities and destructions*, Amsterdam: Elsevier.
- Reynolds, L. y Wilson, N. (1986). *Copistas y filólogos*. Versión española de Manuel Sánchez Mariana, Madrid: Editorial Gredos.
- Righi, G. (1969). *Historia de la filología clásica*. Traducción de J. M. García de la Mora, Barcelona: Editorial Labor.
- Tarn, W. y Griffith, G. T. (1969). *La civilización helenística*. Traducción al español de Juan José Utrilla, México: Fondo de Cultura Económica.